

EXAMEN DE LIBROS

Diego DURÁN: *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*. (Ed. de Ángel María Garibay Kintana.) México, Porrúa, 1967, 2 vols.

En la medida que era deseada y esperada por los estudiosos ha resultado decepcionante la nueva edición de la *Historia* de Durán. Con tristeza hemos venido observando que a su aparición viene aunada la explotación comercial de la memoria de su editor intelectual, el no hace mucho fallecido padre Garibay. Al mismo tiempo se hace cruel menosprecio de la edición primera, iniciada por José Fernando Ramírez, a quien Salvador Novo llama "pesado, aliñado y anticuado" en cierta sucia reseña que circula profusamente. Tíldase de inmanejable a la primera edición, y nos sorprende el juicio viniendo de personas a quienes lo menos que se puede pedir es que sepan manejar un libro y moverse por sus páginas sin necesidad de que se les ponga una cosa detrás de otra, como para obtener conocimientos con sólo tirar de un hilo. Un espíritu por debajo muy mucho del que llevó a luz a la preciosa edición de Ramírez, y también de la postura justa del padre Garibay.

Se ha dicho que él concebía a esta edición como su obra maestra, válida para legos y estudiosos. Sólo nos consta que en sus páginas dice únicamente que su propósito no era el de hacer una edición crítica. Efectivamente, es demasiado superficial para serlo; pero también es demasiado cara para pretender correr como de divulgación. ¿No cabía esperar más del sabio y erudito padre Garibay? Precisamente es la edición crítica la que más falta hace a nuestra moderna historiografía, aunque no puede negarse, sin embargo de todo, que cuantas nuevas ediciones vengan de obras como la de Durán son bienvenidas. Una nueva versión paleográfica con moderna ortografía (que, bien vista, sirvió para apreciar lo buena que era la de Ramírez), un índice onomástico, un prólogo del que se pueden extraer algunos párrafos de nuevo interés, la parte primera puesta al principio y no al final, nuevas láminas fielmente reproducidas por medio de la fotografía a colores (menos una, la representativa del quinto mes del calendario mexicano, extrañamente substituida por una copia de la litografía de la primera edición... ¿habrán

perdido el negativo los impresores?), y unas notas que casi se cuentan con los dedos, son una flamante aportación que no pasará inadvertida. Pero tan parca, tan escasa, que no añade cuatro cuartillas a lo que ya sabemos del dominico Durán y —sobre todo— de su obra, por muy engalanada que se nos presente. Porque el que no se pretendiese hacer una edición crítica no daba razón para seguir callando lo que por tanto tiempo se ha pedido y que es, siquiera, llamar la atención aquí y allá, *en las páginas mismas del texto*, sobre la riqueza y las infinitas posibilidades del estudio de lo prehispánico y de la mentalidad evangelizadora al través del texto. La obra no merece menos atención que esa por parte de los conocedores del pasado prehispánico. Garibay echó a perder su edición al reservar todas las observaciones que decía tener para una prometida —y desgraciadamente ya nunca posible— comparación crítica de Sahagún y Durán. A reserva de que se llevase a cabo o no ese proyecto, creemos que todas esas observaciones debieron vertirse desde un principio en la edición.

Los prólogos, en su mayor parte, insisten en lo ya sabido, como si se tratase realmente de una obra que fuese a servir de divulgación. Lo mejor que encontramos en ellos fueron las excelentes observaciones, amplias y detenidas, sobre las fuentes que se supone utilizó Durán para escribir su *Historia*. Los resúmenes de los capítulos de la obra son también muy buenos: pero fue un error desperdiciar su material en unos absurdos e inútiles resúmenes cuando ahí estaba el germen de esas observaciones agudas que, aunque no llegaran a constituir una auténtica crítica interna, debían formar un amplio cuerpo de notas. Con todo esto, resulta desproporcionado el que el editor se haya detenido largo y con frecuencia en hacer gala de sus conocimientos de lengua mexicana. Y es triste observar que tampoco le llevó eso a hacer una edición para nahuatlato.

Habrá que estar prevenido, pues, contra éstas que se anuncian como grandes hazañas editoriales. Un lugar más modesto y no por ello menos digno les corresponde una vez que se les ha comparado con ediciones como las de Ramírez, hechas por primera vez, con mucho espíritu y con cortos recursos, y mientras lo permitían los breves respiros que dejaban las tormentas políticas.

Bienvenida, pues, *una edición más*, bastante mejorada, pero nos quedamos esperando la edición crítica y concienzuda que verdaderamente nos hace falta.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México